

ENTREVISTAS

Perspectivas epocales

Por Francesco Penaglia y Roberto Vargas

“Las configuraciones de las clases subalternas en la medida en que se manifiestan como antagonistas y en clave de autonomía, trastocan la configuración estructural, trastocan el capital y la forma como el capital ejerce el dominio”

ENTREVISTA A MASSIMO MODONESI

Massimo Modonesi es historiador, sociólogo, politólogo. Es Maestro y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, México y Dottore in Scienze Politiche, Facoltà di Scienze Politiche, Università degli Studi “La Sapienza”, Roma, Italia. Modonesi tiene una prolífica obra, entre sus artículos y libros destacan *Revoluciones pasivas en América* (Itaca, Red Mexicana de Estudios de Movimientos Sociales, UAM-A, México) publicado en el 2017, *El principio antagonista. Marxismo y acción política* (Itaca-UNAM) publicado en el 2016 y *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismos y subjetivación política* (Prometeo-CLACSO-Universidad de Buenos Aires) publicado en el año 2010. En el contexto de la 9ª Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales realizada en Ciudad de México, el 8 de junio del 2022, Francesco Penaglia y Roberto Vargas entrevistan al politólogo marxista sobre su biografía política e intelectual, la situación latinoamericana y sobre algunos de los conceptos centrales de su obra como sujeción, subalternidad, autonomía, antagonismo.

Roberto Vargas (RV): Para comenzar, nos gustaría que pudieras comentar acerca de las influencias tempranas y tardías en tu formación. Reconocemos que el mundo italiano ha entregado en la historia del marxismo grandes herramientas teóricas y conceptuales, pero que muchas veces también han confrontado con otras perspectivas tanto europeas como latinoamericanas. Entonces, para iniciar me gustaría que nos puedas compartir cómo ha sido tu trayectoria respecto del marxismo italiano, europeo y latinoamericano.

Massimo Modonesi (MM): Yo llegué a América Latina a mediados de los '90, a los 24-25 años, entonces mi vida intelectual más intensa la hice acá. Previo a eso, sin duda tuve una formación marxista inicial, pero siempre mirando a América Latina. Recuerdo que por esa época ocurrió la subversión zapatista, la que fue muy significativa e importante para mí, ya que venía de que en Italia la tensión política fuera entre berlusconismo y anti-berlusconismo, con un repliegue muy fuerte y marcado de la izquierda comunista. Por eso el levantamiento me mostró una dinámica, un despertar, una posibilidad de luchas desde abajo y una ebullición. A partir de eso, siento que todo lo que asimilé en mi formación temprana en Italia lo procesé y lo maduré en América Latina. Por esta razón nunca tuve un momento italiano, mis estudios gramscianos o sobre Negri y el autonomismo italiano, los hice desde de México, siempre mirando los procesos políticos latinoamericanos.

RV: O sea, en el principio siempre fue la práctica política y la interpretación de lo que estaba sucediendo a nivel político, lo que relevó tu ejercicio categorial.

MM: Absolutamente. De hecho mis primeros pasos intelectuales son más como historiador que como sociólogo. No porque tenga estudios estrictamente como historiador, sino porque me interesaban los procesos políticos, la historia de la izquierda italiana, europea, mexicana y latinoamericana, y la búsqueda de conceptos y categorías para su aplicación inmediata.

RV: En esta línea, ¿qué aportes de Marx influyen en tu formación?

MM: Lo principal está en relación a la lucha de clases y la lucha en general como fenómeno y problema. Es decir, un Marx más vinculado a lo sociopolítico, por ejemplo, el del *Manifiesto Comunista*, del *18 Brumario*, mucho más que el Marx del *Capital*, el que sí, obviamente presenta ahí las claves más abstractas para pensar las demás categorías. Pero digamos, llamó más mi atención descifrar el proceso histórico-político en clave de la constitución y conformación de actores. Entonces, obviamente es ese Marx el que más me influye.

Francesco Penaglia (FP): Considerando a la lucha como categoría central, también he leído en algunos textos tuyos sobre subalternidad y antagonismo el rescate de E.P. Thompson y la categoría de “experiencia”, que permitiría justamente una mediación entre sujeto y estructura en la conformación de clases sociales. ¿cómo llegaste a Thompson?

MM: Bueno, como anécdota, tuve un maestro, un amigo y un compañero, Adolfo Gilly, y él llevaba a sus clases a Thompson y esa sensibilidad por la comprensión de la constitución procesual de lo histórico, en la secuencia de formación en el tiempo. Esto no solo ligado a la coyuntura, sino a la acumulación de experiencias. Entonces creo que Thompson aporta eso en particular y me permite operar. Después puede haber cuestionamientos a su obra, por ejemplo, su resistencia al teorizar, abstraer y su mirada totalmente retrospectiva. Creo que sí hay que colocarnos en el presente y pensar también retrospectivamente. Me parece crucial la idea de historiar el tiempo presente, de repensar los procesos políticos como historia, como una historia en devenir, como una historia que se ve retroactiva y prospectivamente.

FP: Esta visión marxista que estás describiendo a partir de la lucha y no tan anclado en lo estructural, cohabita con una tradición latinoamericana donde es posible situar a Zavaleta y la categoría de sociedad abigarrada, la articulación entre lo colonial, el capitalismo y el género, en una visión marxista más amplia, más heterodoxa, que permite una serie de articulaciones. Sin embargo, en esa heterodoxia ¿Dónde queda la categoría de capitalismo? Es decir, ¿cómo -sin caer en el determinismo althusseriano- se integra y articula, por ejemplo, las discusiones categoriales del valor, la mercancía, el capital?

MM: Claro, yo creo que no hay que abandonarla para nada. El único problema que veo ahí es que yo creo que en ese terreno ha habido y hay compañeros, camaradas, estudiosos, que están trabajando, hay una larga tradición. Entonces siento que el problema no reside ahí, así como no reside

en la teoría del Estado. Creo que Gramsci también pensaba así, hay que reforzar donde estamos más débiles. A veces se me reprochan: “pero tú ¿cómo entiendes la estructura? ¿cómo entiendes la hegemonía? ¿cómo entiendes el Estado?” Yo me puedo nutrir de contribuciones de otros, pero si no tengo nada original y novedoso que decir, pues mejor me callo y contribuyo a la labor colectiva desde un lugar donde siento que sí nos está faltando. Entonces, mi centro de investigación es la construcción de sujeto y lo que cuido es que no sea incompatible con una teoría general del proceso histórico político.

RV: Pareciera ser que en tu obra, si bien integras la dimensión de lo económico o la dimensión más conceptual de la crítica de la economía política, te concentras sobre todo en la lucha de clases. En ese sentido, ¿Cuáles son las categorías en las que centras tus análisis para comprender la lucha de clases en esa relación?

MM: Ahí es donde recupero una lectura, a lo mejor no tan entusiasta u optimista, del autonomismo italiano. La idea no es invertir totalmente la relación como planteaba Tronti: “primero las luchas y después el ajuste capitalista estatal”, es decir, no se trata de una secuencia lineal o de su inversión. Esto me parece una obviedad dentro del debate marxista, las configuraciones de las clases subalternas en la medida en que se manifiestan como antagonistas y en clave de autonomía, trastocan la configuración estructural, trastocan el capital y la forma como el capital ejerce el dominio; pero también la estructura se autoreproduce al margen de las irrupciones o incluso de las contracciones que tiene la lucha de clases. Para ello sirve la noción de subalternidad, porque permite registrar la lucha de clases no solo en momentos disruptivos, sino también en momentos relativamente estables, en donde la hegemonía y el consenso operan, funcionan y son parte integrante de la reproducción del capital.

RV: Para hacer de contraparte y ampliar este interesante debate, desde otras corrientes marxistas centradas en la crítica categorial, el énfasis en la lucha de clases implicaría una lucha centrada exclusivamente en el llamado distribucionismo. ¿Cómo interpretas, desde tu producción teórica, esta crítica que a veces termina planteando que la lucha de clases es una lucha por la distribución del producto -o de la riqueza- entre las clases y no una crítica del capitalismo en su modo de funcionamiento?

MM: Bueno, ahí es desde Gramsci, él sin duda lo confronta desde el principio de la autonomía relativa de lo político. Incluso regresando a Marx en el *Prólogo* del 59, a mí siempre me llamó la atención cuando dice que hay la estructura y después sobre ella se levanta una inmensa superestructura. Pero usa la palabra “inmensa” ¿Qué quiere decir? Que a nivel a lo mejor cuantitativo es mucho más y por lo tanto también tiene su propia complejidad. Nuestra vida en sí es la determinación de nuestras condiciones materiales de existencia, pero esto se despliega en una forma muy compleja. Es ahí donde nos confrontamos a nuestra constitución como sujetos individuales y colectivos. Entonces me gustaría poner en ello el acento: está bien revelar el núcleo constitutivo fundamental o el mecanismo a través del cual nos colocamos, dislocamos y nos estructuramos como sociedad. Otra cosa es si eso

resuelve todas las formas en cómo esa sociedad se manifiesta, incluso se manifiesta y refleja. Uso la palabra reflejo asumiendo todas las problemáticas que tiene.

FP: Es ahí donde aparece una discusión importante dentro del marxismo, con diversas trayectorias y recorridos. Por ejemplo, desde el registro althusseriano de la historia sin sujeto, pasando por Marta Harnecker –y su gran influencia en Latinoamérica– quien conceptualizaría la lucha de clases únicamente como el momento de proyecto de clases orientadas a la lucha política y la conquista del Estado; mientras que, por otro lado, en contraposición, y para marcar la diferencia, tendríamos visiones mucho más abiertas y amplias como la de Holloway quien definiría que la lucha de clases es el momento en que un trabajador en la mañana lanza el despertador contra la pared por no querer ir a trabajar, o los registros de la subpolítica o infra política de Scott. ¿Dónde te ubicarías tú en este debate?

MM: Yo creo que, en lugar de intermedio. Me parece que esa dimensión infrapolítica de Scott da cuenta de una constitución subterránea del sujeto, pero el momento de la lucha de clases se expresa en clave de una politización disruptiva. Por eso la idea de antagonismo y autonomía para mí se colocan en un plano de actores o de movimiento social, en un momento donde sale a lo público, en donde ya no solo es subterráneo, sino que hay visibilidad, donde la politización se expresa como demanda, como reivindicación, como anhelo, como proyecto emancipatorio, o sea, donde tiene un momento de constitución.

FP: El reloj seguiría siendo momento de sujeción e individual, bajo tus tres categorías.

MM: Claro, individual. También podría ser un momento antagonista, pero habría que ver qué haces después de haber reventado el reloj. ¿Vas a trabajar? Puede ser bastante difuso y requeriría diversas interpretaciones. Yo creo que la propuesta de Scott sirve para captar que existe algo, digámoslo, inmanente o irreductible en el ser humano, y en el ser humano asociado al colectivo, en términos de una capacidad de rebelión, de resistencia. Pero no alcanza en términos de la conformación de movimientos de actores políticos, que son los que después confrontan la vida histórico-política. Entonces, ¿dónde está el movimiento anticapitalista en América Latina? Claro podríamos contabilizar todos aquellos que aventaron el reloj contra la pared, pero bueno, después hay que ver si se agrupan o no, y si se levantaron después y fueron a trabajar o votaron en clave reaccionaria.

RV: Siguiendo la relación que sugieres entre sujeción, antagonismo y autonomía, ¿qué lugar le asignas a la representación del capital? A propósito del ejemplo del reloj, aparece necesariamente la pregunta respecto de cómo hacemos visible el capital, considerando que es una relación y que es sumamente abstracto, sensibilizar, hacer real una abstracción de este tipo, se nos presenta como una pregunta políticamente relevante para los movimientos o políticas anticapitalistas.

MM: Yo creo que entre Lenin, Gramsci y Lukács ahí está un poco la clave de eso. Es un pasaje que se hace en términos de politicidad y creo que ahí lo que nos falta es apretar un poco las tuercas sobre la constitución de los actores colectivos, que es donde opera la representación, sea a través del mito de la utopía o distorsiones de la representación. Siempre hay un momento de desfase respecto de la realidad, pero que permite, por ejemplo en el caso del dinero, pensar cómo relacionarse con él y el consumo, cómo pensar la acumulación de riqueza, etc. Es decir, cuestiones que atraviesan la constitución de actores colectivos que son parte de ello, cómo opera en la cosmovisión de estos, sí lograron representar el capital en su vida cotidiana y representar a los enemigos a través de mediaciones.

FP: Hay una cosa que se fue quedando, pero no quiero dejar de preguntártela antes de pasar a lo más propio del conflicto social. Se te asocia a buena parte de la tradición autonomista latinoamericana. No sé si alguna vez te situaste ahí, pero has escrito en varios libros con Holloway, Zibechi, entre otros. Desarrollaste textos sobre sus tendencias, como por ejemplo, la marxista consejista, indigenista y anarquista. Todo esto en un marco de auge del autonomismo, con fuerte presencia de movimientos que eran analizados y estudiados desde ese paradigma como Los Sin Tierra, Zapatistas, Piqueteros, etcétera. ¿Cuál es tu lectura del autonomismo 20 años después y de esos debates de inicios del siglo XXI en Latinoamérica?

MM: Bueno, yo creo que nunca fui estrictamente autonomista porque yo siempre traté de mostrar cómo había un concepto de autonomía al margen del autonomismo, es decir, la idea de colocarlo con antagonismo y subalternidad. Concebir la autonomía de forma aislada lleva a un esencialismo, hace un recorte de la realidad que obstruye la visibilidad de otros factores. Entonces, yo incursiono en el estudio del concepto de autonomía desde una crítica del autonomismo más reduccionista, sin embargo, reconociendo un gran valor y potencia al concepto de autonomía, entendida tanto independencia del actor, de clase o de sujeto, como también del proyecto emancipatorio. Esto quiere decir autodeterminación de cómo el sujeto se construye y transforma su realidad, pues es un concepto expansivo, potencialmente prefigurativo de una sociedad emancipada. Yo creo que ahí hay un núcleo fundamental del pensamiento marxista que no ha sido reconocido como tal. Entonces, por un lado, criticaría el marxismo que no reconoce la autonomía, por el otro, criticaría al autonomismo por haber exaltado eso y no haber reconocido otros aspectos fundamentales.

Sobre si soy o no autonomista, yo no me inscribiría en esa corriente, mi preocupación cuando llegué a América Latina era que se hablaba de subalternos, como expresión de una cultura de la derrota de esos años. Entonces la noción de subalternidad había que matizarla con categorías más combativas y con aspiraciones más emancipatorias, para ello servían las teorías del antagonismo y de la autonomía, en ese contexto me servía el autonomismo italiano y latinoamericano. Pero también el autonomismo había que cuestionarlo desde la subalternidad en lo relativo a los límites que se presentan en el proceso de construcción de las autonomías. Entonces mi relación con el autonomismo es de diálogo crítico. El auge de mi planteamiento se dio en el contexto de auge del autonomismo, al cual siempre consideré fecundo pero desproporcionado en su excesivo entusiasmo respecto a algunos fenómenos. No se deja de un día a otro de ser subalterno, la subalternidad se arrastra, aun cuando haya tendencias autónomas, antagonistas y viceversa. Pero, a su vez, nunca se es totalmente subalterno. Los subalternos siempre están atravesados por antagonismos de autonomía. Son esos procesos los que motivaron mi trabajo.

RV: Si bien la autonomía puede funcionar como prefiguración, como lo has señalado, ¿en qué sentido puede haber autonomía respecto al capital? En estricto rigor uno podría decir que hay una relación casi simbiótica entre capitalismo y modernidad. Muchas veces los países de la periferia que habitan en la modernidad capitalista, y que algunos han denominado barroca, se le suelen asignar prácticas de resistencia y autonomía. Sin embargo, pareciera ser también que ese barroquismo es muchas veces más un residual que una resistencia, al menos, en la periferia del capital. Entonces, podríamos preguntarnos, cómo funciona la categoría de autonomismo para registros que no parecen necesariamente de resistencia -tal vez me equivoco-, sino que son la expresión espacial del capital en la periferia, una expresión del desarrollo desigual y combinado de la lógica del capital y no su némesis.

MM: El concepto de autonomía que utilizo refiere a la constitución de un sujeto político anticapitalista. Entonces, la autonomía es siempre frente a la dominación sistémica. En algunos casos como los que haces referencia, habría, más bien, subalternidad, y habría que ver hasta qué punto hay o no constitución autónoma del sujeto en perspectiva de superar la subalternidad e identificar ese proceso. En realidad, mi hipótesis es que estrictamente en los procesos contemporáneos reales, subalternidad, antagonismo y autonomía se entremezclan. Entonces no hay autonomía pura que no esté entreverada por la subalternidad y cabría preguntarse por cómo cohabitan ambos elementos. Descifrar esa composición del sujeto tiene dos virtudes desde mi punto de vista. La primera es una virtud analítica, que permite leer el ADN constitutivo del sujeto y su combinación. Y por otro lado, ir viendo cómo se puede desarrollar la autonomía de los subalternos, ver cómo aquello que es potencialmente autónomo termina frenado y contaminado por lo subalterno. Esa clave de constitución de un sujeto sistémico no es una receta o prescripción, es también un elemento a través del cual se van viendo las impurezas de la constitución del sujeto.

FP: Este tránsito enmarcado en la lucha de clases, ¿cómo lo articulas con las distintas visiones de clase y lucha de clases vigente y con cuál te sientes más cómodo?. Incluso, me pregunto a nivel categorial, por ejemplo, los debates de Poulantzas, del marxismo analítico, las categorías Erik Olin Wright, hay tantos lugares por donde clasificar, categorizar y entender a las clases sociales que directa o indirectamente nos sirven para el registro del análisis de la lucha de clases. De una u otra manera, nos sirven para saber cuáles son los márgenes de lo que estamos entendiendo como sujeto, ¿hay algún registro con el que te hayas relacionado más dentro de ese debate?

MM: Bueno yo reconozco muchas aportaciones. Incluso creo que el marxismo analítico de Erik Olin Wright tiene aportaciones específicas que descifran más a nivel estructural cuáles pueden ser las posiciones contradictorias de clase, etcétera. Creo que el propio Poulantzas en la cuestión política de la constitución estatal, deja indicaciones importantes. Ahora, yo sí me siento más afín a Thompson y a la tradición operaísta italiana, que plantea una cuestión de composición técnica y política de clase. Creo que ahí hay pistas interesantes, con toda una serie de elementos cuestionables que tienen que ver con la época. Aun así, soy crítico y distante de lo que el post operaísmo ha constituido en términos de multitud, imperio y asamblea. Ahí no reconozco la continuidad. Creo que lo positivo que hay en esas elaboraciones posteriores, se encuentra en realidad constituido en los años sesenta y setenta donde yo creo que hubo reflexiones muy potentes.

FP: Tenemos un problema a nivel de conflicto social, movimiento social, acción colectiva, sociopolítica -o como queramos denominar este debate- y el registro marxista que parece cada vez más retirado y reducido, al menos del “mainstream” académico.

MM: Bueno, primero a nivel de diagnóstico es que el marxismo se ha replegado dramáticamente, siendo lo que entró más en crisis, lo relativo al sujeto político. Pero también ocurrió otra cosa, las teorías de movimientos sociales que surgieron, se apuraron a caricaturizar al marxismo ortodoxo, pese a aprovechar los elementos del marxismo crítico y asumirlos como propios. Melucci es un caso muy particular, él vive en Italia en los 70, particularmente en el norte de Italia donde había diversas izquierdas relevantes desde la cual abrevar discursos marxistas. Él en su biblioteca tenía mucho marxismo, y se sabe porque está el registro de su biblioteca, la cual donó a un espacio público. Sin embargo, en sus textos dice que el marxismo no dice nada sobre movimientos sociales y sobre el sujeto, aun cuando su obra está repleta de ideas marxistas masticadas y re-elaboradas en clave sociológica. Es el típico pasaje post marxista, se hace caricatura del marxismo, negación y al mismo tiempo fagocitación y subsunción de los elementos que sirven. Por otro lado, las corrientes norteamericanas hicieron una operación mucho más pragmática, menos teórico-conceptual y mucho más centrada en producir herramientas operativas.

FP: La dinámica de la contienda política es un manual...

MM: Es un manual de investigación, incluso bastante elemental. Ahora yo creo que el marxismo tiene recursos propios y también tiene ese recurso contextual. Las teorías de movimientos sociales son particularmente débiles teóricamente, a pesar de su irradiación. Por un lado, las teorías europeas se quedaron en un nivel de abstracción que no tiene mucho aterrizaje y traducción al plano operativo. Por el otro, las teorías pragmáticas norteamericanas no tienen hipótesis interpretativas potentes; tan es así, que entran en cortocircuito cuando se le plantea el tema de las emociones. Y ya que no tienen respuesta frente a eso, lo único que hacen es anexar. Agreguemos marcos, agreguemos emociones, vayamos sumando. Y así es como su lógica de sumatoria te muestra una debilidad articuladora. Entonces yo creo que el marxismo pudiera tener potencial, pero requiere de cierta explicitación para volver a encontrar las conexiones y entramados. Tenemos un problema operativo de rearticulación, pero yo creo que, poco a poco, eso se va a ir despejando, porque por algo en Estados Unidos regresa algo de socialismo, del marxismo

FP: Quisiéramos llevarte a la revolución pasiva. Tú tienes una crítica a la interpretación que se hace de la relación entre movimientos populares de fines del siglo XX e inicios del XXI y gobiernos progresistas, los que aparentemente habrían sido parte y canalizado el malestar anti neoliberal. Tú haces la separación entre ambos fenómenos recopilando muchas críticas coloniales, ecologistas, socialistas y autonomistas, y utilizas el concepto de revolución pasiva rescatado por Gramsci para describir el proceso de absorción y vaciamiento del campo popular que hicieron estos gobiernos. Quisiera nos pudieras comentar un poco de este trabajo.

MM: Mira la primera cuestión que hay que aclarar y que me han cuestionado previamente, es que no todo es revolución pasiva, ni todos los fenómenos del progresismo son estrictamente revolución pasiva. Gramsci usa la revolución pasiva tanto para hablar del fascismo, como de fenómenos progresistas como el New Deal. Entonces tienen dos caras: una idea de modernización conservadora y otra, como transformación que opera desde arriba y que procesa y fagocita deseos e impulsos de masas. Entonces como elemento clave, en el origen, habría un impulso desde abajo, por ello lleva el concepto “revolución”, ya que hay una amenaza al orden. Eso provoca el momento de reajuste desde arriba, pero provocado por un desafío consistente, es decir, en términos gramscianos, por una crisis orgánica o una crisis de hegemonía donde hay un momento de quiebre. Adicionalmente, hay absorciones que son parte de las reivindicaciones, drenaje molecular de dirigentes, o sea, transformismos, y un ordenamiento desde arriba que implica una entidad ordenadora y un reacomodo de las clases dominantes. Con eso, algunas clases emergentes son integradas desde el interior de un Estado que pudiera ser cesarista, bonapartista o no. Gramsci dice progresivo o regresivo. Ahí sí está la opción, digamos, es una revolución pasiva, más progresiva o más regresiva. Finalmente, lo principal es que es algo que drena el impulso desde abajo y lo desactiva. Yo digo se “resubalterniza”, para decir “pasiviza”.

FP: ¿Esto es algo propio de gobiernos progresista o algo consustancial a la relación de lucha de clase e institucionalidad política? Dependiendo donde uno esté situado, la institucionalidad siempre de una u otra manera integra, procesa, coopta cuadros y trata de sostener. La pregunta es, si es en algunos casos, puede llegar a ser el puntal de avances, o siempre es de una u otra manera, la contención.

MM: Podemos decir que, en términos generales toda institucionalidad política es un momento de cierre y concentración de toma de decisiones y procesos, a la vez que, es un momento de cierre autoritario respecto a una socialización del poder y de la política. Sin embargo, no ocurre de la misma manera si esa se presenta como una operación transformadora, revolucionaria. A lo que voy es que, si bien eso siempre es así, cuando te dicen que somos el gobierno de los movimientos sociales, somos el progresismo que encarna esas demandas, ahí es donde la operación se presenta como revolucionaria, o sea, nominalmente transformadora o, por el contrario, portadora de un elemento de freno y de conservación. Entonces cuando estudiamos este fenómeno de revolución pasiva, no estamos en la normalidad, estamos en una situación extraordinaria de agudización y alza de movimientos y luchas. Por eso digo no todo es revolución pasiva, si no una operación puntual y precisa en un momento dado, que sopesa con el arsenal propio de la institucionalidad como límite al autogobierno y ahí hay un problema democrático de fondo ¿Tú crees en la posibilidad de socialización del poder o asumes que hay una distinción insuperable, incluso a nivel histórico, respecto de gobernados y gobernantes? O sea, ahí, ahí se divide el mundo. O sea, hay muchos progresismos y muchas izquierdas que creen que es insuperable, que hay gobernados y gobernantes y que hay un límite tajante respecto de la capacidad de las masas de autogobernarse.

FP: Y si los gobiernos progresistas en su auge fueron revoluciones pasivas, ¿qué sería su segunda oleada? Digo, el regreso del MAS, eventualmente Lula, entre otros.

MM: De hecho, y un poco en broma, en un artículo que escribí dije que en la primera fue una tragedia, la segunda va a ser una farsa en términos de las expectativas y de las agendas. Y digo un poco también ironizando que es progresismo de segunda mano. Ahora, yo tengo una hipótesis. Estoy escribiendo un articulito, que todavía no lo termino de cuadrar, sobre la normalización del progresismo como parte de lo aceptable. Dicho de otra manera, se social-democratizó, se des-popularizó, o sea, ya no es ni populista, se volvió más bien una pieza de un engranaje, funcionando como pretexto ante derechas amenazantes. Eso justifica un perfil más centrista, más conservador y más contenido respecto de cuando el empuje venía por la izquierda.

FP: ¿Cuál es tu opinión de países como Colombia, Perú y Chile que quedaron al margen de esa primera oleada progresista en Latinoamérica, y sin embargo, un par de décadas después, vivieron -viven-, tanto oleadas de protestas, como de gobiernos de izquierda.

MM: Bueno, ahí se abre la posibilidad de una revolución pasiva. Yo en Chile la veo muy presente, porque sí creo que hubo realmente una agenda y una presión desde la izquierda, hubo algo extraordinario que rompió el orden existente. Entonces, frente a esa ruptura, ¿cuál va a ser la sutura? ¿Cuál va a ser la recomposición? Y yo creo que ahí sí se corre el riesgo de que esa recomposición se dé bajo ese formato de revolución pasiva. El caso de Colombia me parece diferente, si bien creo que existe ese empuje, no creo que exista una fuerza política o una coalición que logre encabezar un proceso de revolución pasiva en clave hegemónica, que es lo que tampoco ha tenido la capacidad de hacer Castillo en Perú.

FP: Un ejemplo claro en esta línea sería el caso argentino del 2001. El Kirchnerismo logró estabilizar la crisis y efectivamente construir una hegemonía que les permitió gobernar varios periodos. No es el caso, evidentemente de Castillo y de otros progresismos actuales.

MM: Claro. Petro, hasta ahora, es prueba incluso de lo contrario, y tiene algunas resistencias. Miren el rebrote que hubo, por ejemplo, con el tema de las FARC, se hizo un acuerdo y una elección de referéndum que niega el acuerdo con las FARC. O sea, pudiera haber una victoria de Petro y una reconfiguración conservadora y reaccionaria porque están profundamente anclados. Lo que pasa en Chile es distinto, porque en Chile eso arranca en 2006. O sea, hay una lógica de desmantelamiento cultural, de oleada, hay una generación que se fue forjando en el tiempo y que fue creciendo, se fue politizando. Hay una fuerza social. Claro que no quiere decir que no haya conservadurismo y reacción en Chile, porque viene de las décadas previas, pero hay una fuerza, digamos, constituida en el tiempo que yo no veo en Perú y que no veo en Colombia. Entonces eso invita a ver dos cosas, por una parte, cómo se canaliza, es decir, qué se empuja y qué se rompe con el gobierno y el proceso constituyente; por otra, cómo esa ola de canalización fagocita en lógica de revolución pasiva. Esto, además, en un escenario mucho más complejo, el caso de Chávez, Evo o Correa fue sin derechas constituidas, y una coyuntura económica muy favorable para Latinoamérica, caso opuesto al de Boric.